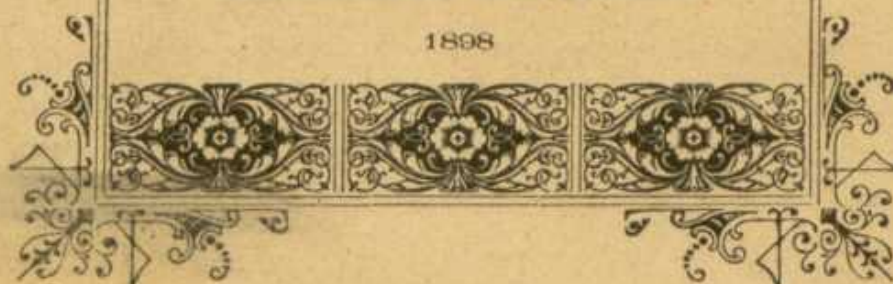
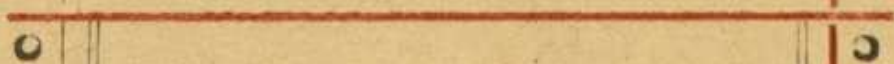
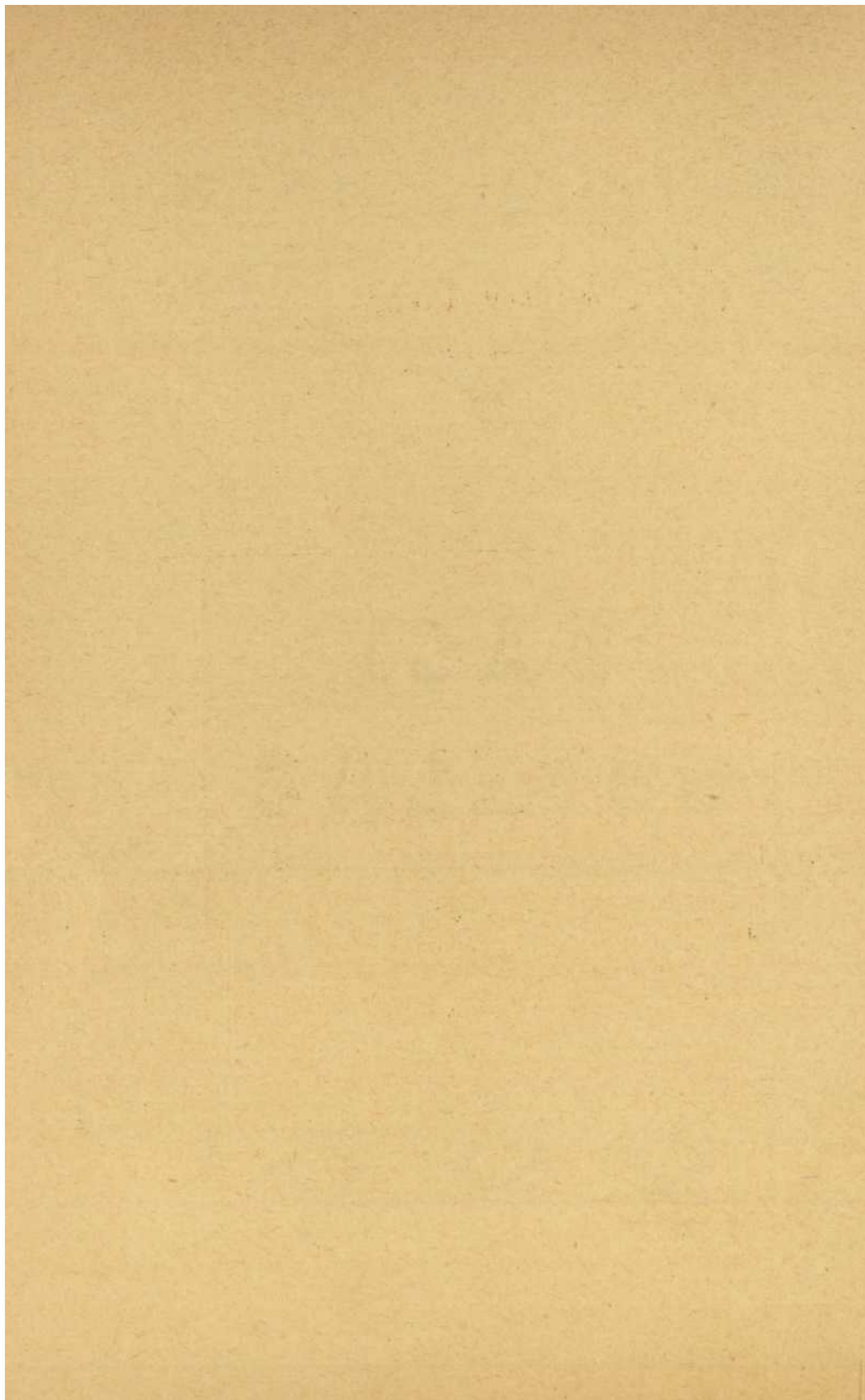




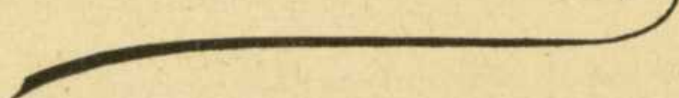
CASI NOVELAS

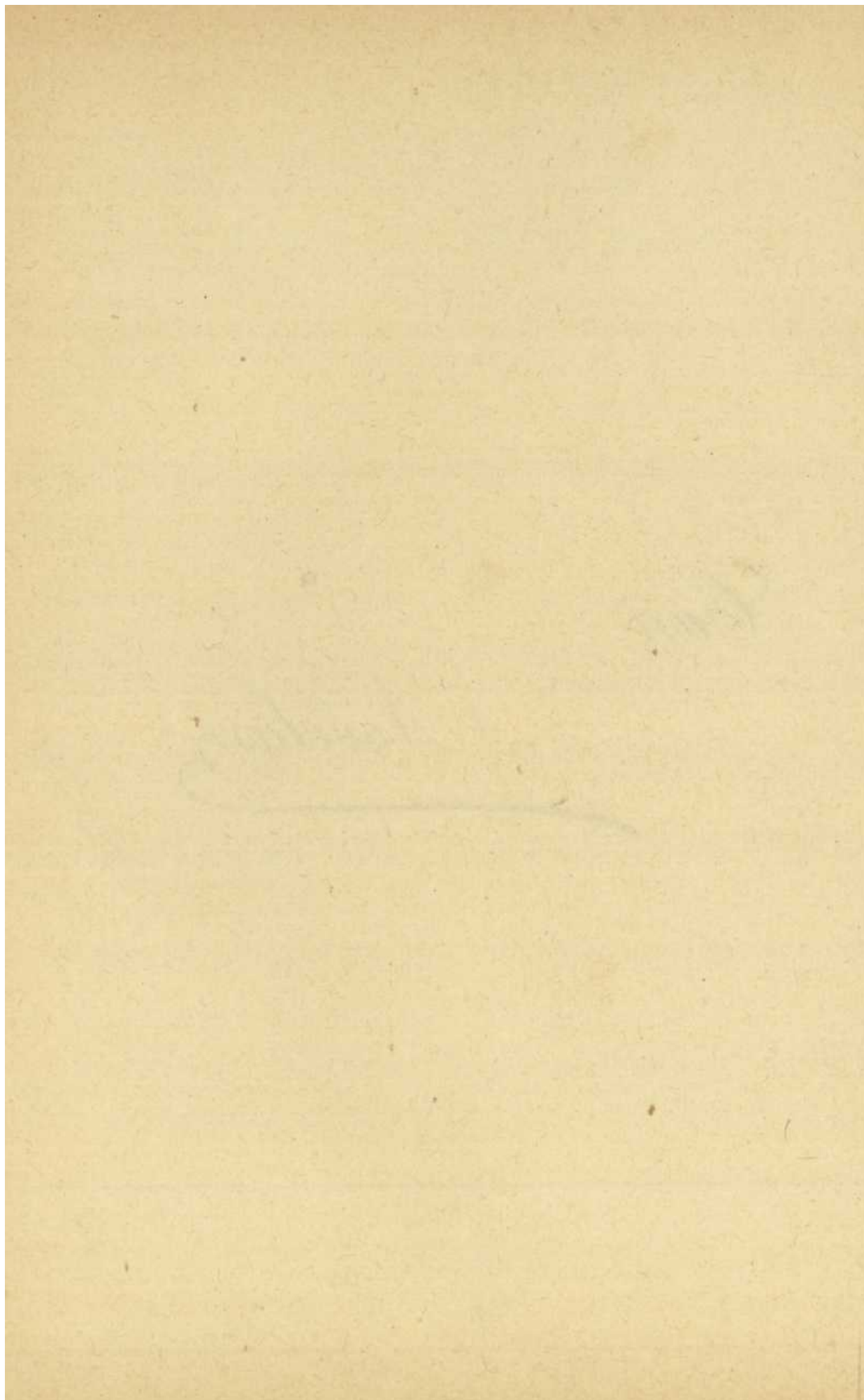


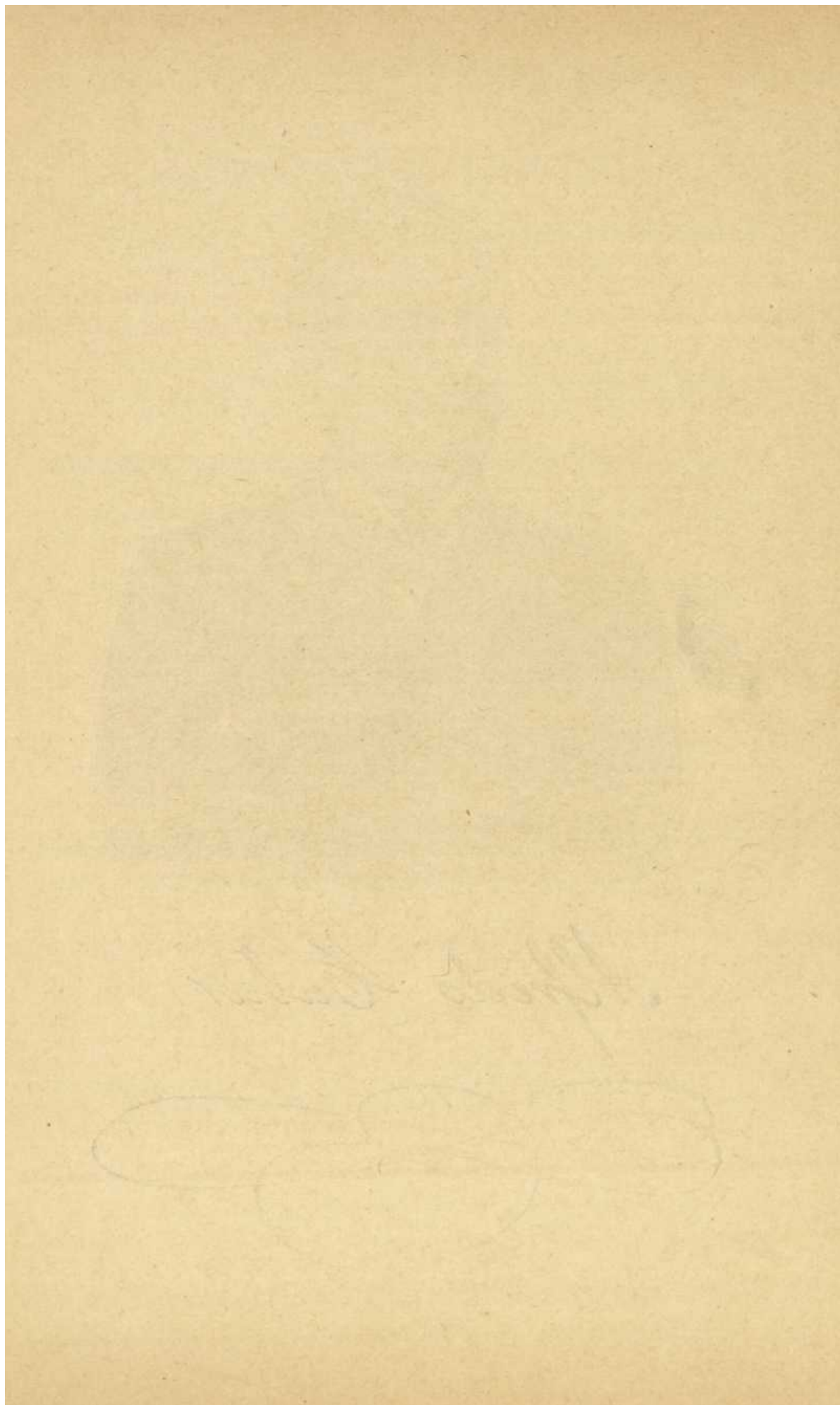


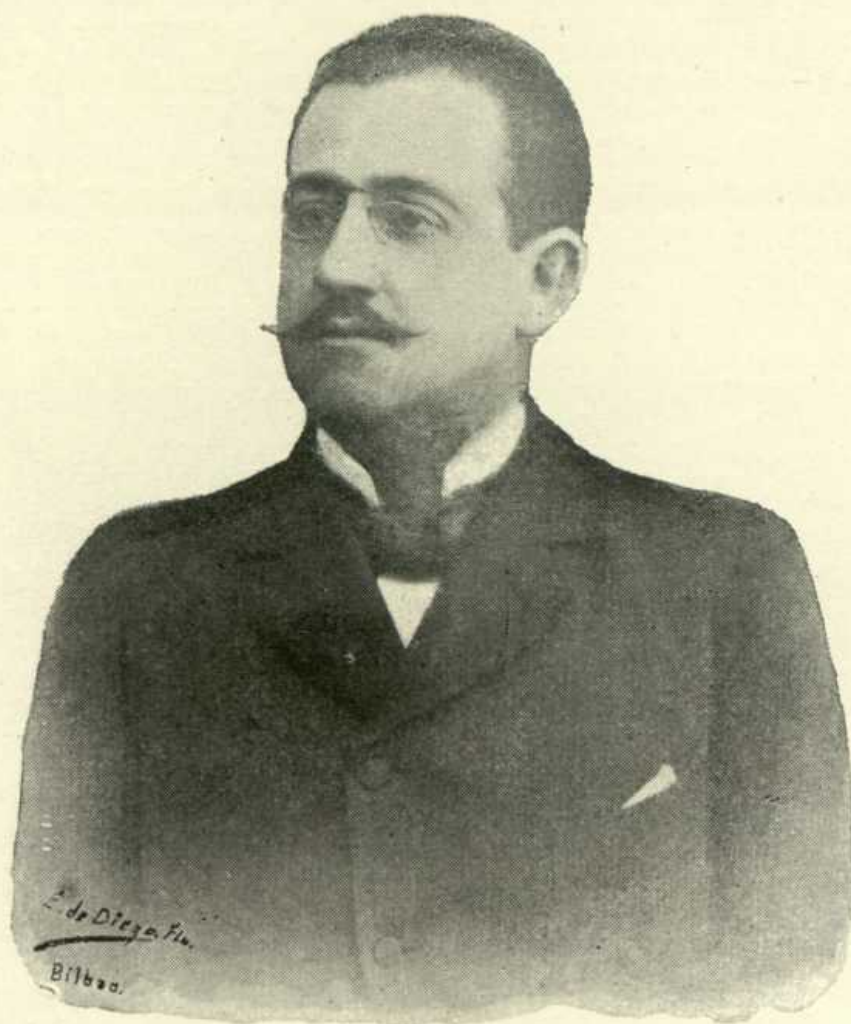
Casi

Novelas

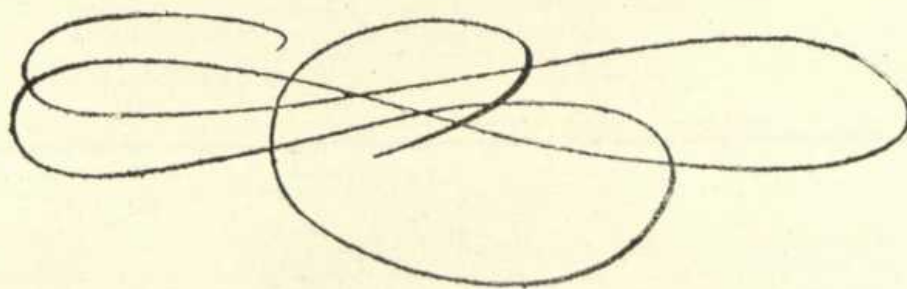








Alfredo Gabar

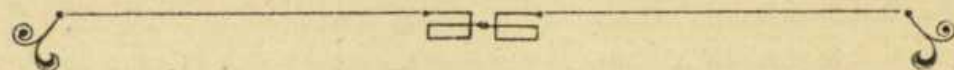


M-59720

F-60501

ATA
5094

ALFREDO TABAR



CASI

NOVELAS

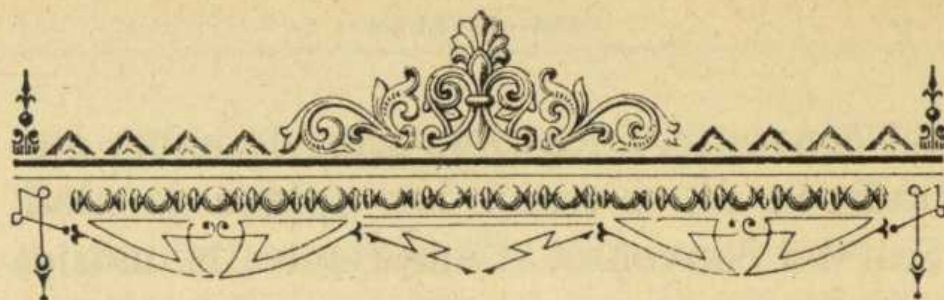


VITORIA

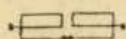
IMPRESA DE LOS HIJOS DE ITURBE

1898





El poema de una golondrina



M^{re} amie Marie:

AYER salí del convento... ¡Ah! Recibe, ante todo, un beso en la boca, otro en cada hoyuelo de las mejillas, y otro en el hoyito aquél, que tenías antes en la barba. Supongo que también ahora lo tendrás.

Adjuntas te mando dos plumas negras. Luego sabrás por qué... Son de golondrina, de una golondrina, de la cual tengo que decirte muchas cosas.

Vamos por partes.

Ayer, 28 de Junio, salí definitivamente

del convento, á los siete años de haber entrado en él, ó sea, á los quince de edad. ¡Salí del convento! ¿Comprendes la música inefable que encierran estas palabras? Segura estoy que sí, porque tú también te has hallado en ese caso.

Era una mañana deliciosa: el cielo azul, el sol radiante, los pájaros alegres; y yo, más alegre que el cielo y el sol y los pájaros, veía llegado el gran día, el día de mi libertad. Salté de la cama muy temprano: todavía era de noche; pero tan impaciente estaba acostada, que creí engañar mejor el tiempo, levantándome. Ya tenía hecha la maleta. Sólo esperaba la llegada de papá con el coche, dar un beso á las compañeras y... á volar, á respirar el aire libre. A las ocho llegó papá; nos despedimos de las Hermanas y partimos. Papá se extrañó de que yo no llorase al dejar el convento, lo cual le hizo sospechar que no estaba en él muy á gusto.

Hicimos un viaje encantador. Yo, todo el tiempo asomada á la portezuela, charlando y riendo. Hacía un vientecillo fresco, y sentía en la piel pequeños estremecimien-

tos, como si alguien me acariciara... Almorzamos en una venta: bebí un sorbo de vino y me emborraché. Cuando montamos de nuevo, pedí á papá noticias de toda la familia, incluso la *feísima* prima á quien escribo.

Llegamos á Vitoria á las doce y nos hospedamos en casa de la tia Isabel. La tia vive en un caserón sucio y destartalado, muy antiguo, tan antiguo que el mejor día se cae á pedazos. En mi cuarto, grande como un claustro, de altísimo techo, con enormes ventanas, criaban dos golondrinas. Su charladora algarabía, al borde del nido, alegraba el vetusto aposento.

Después de comer, quedéme sólo en él. Tenía necesidad de silencio para soñar con mi libertad, con que iba á ver en breve rostros queridos. No más convento, con su desesperante monotonía; no más Hermanas, con sus tocas blancas. ¡Aire, luz, calor, variedad!.... ¡Viva la anarquía! (Dispénsame, querida *Mary*: desde que salí del convento, estoy loca. No sé lo que me pasa; tengo los nervios tirantes, como cuerdas de guitarra).

Como te decía, me quedé sólo en mi cuar-

to, y allí fuí testigo de la más espantosa tragedia que han presenciado humanos ojos. Escucha atenta.

Para limpiar las telarañas del techo—que las había grandes como sábanas, según me dijo después la tía, porque aquel cuarto estaba deshabitado,—había hecho la criada un plumero con palos de escoba, atados unos con otros, de modo que pudieran llegar al techo. Así logró dejarlo limpio como la plata. Bueno; pero á la criada, que tiene tanto *pesquis* como Sor Marcelina —¿te acuerdas?—se le olvidó llevarse el *limpiatelarañas*, después de arreglado el cuarto. El palo aquel estaba arrimado á la pared, precisamente junto al nido de las golondrinas. Poco después de entrar yo, y por descuido mío en dejar abierta la puerta, se coló *Pedrín*, un gato enorme, blanquinegro, de reluciente abdomen, tímido, al parecer, como una monja; pero, en realidad, un truhán como una loma, de uñas aterciopeladas... que á veces desgarran la carne.

El señor *Pedrín*, venía á mi cuarto con intenciones aviesas para las pobres golondrinas, y, mientras yo desocupaba mi ma-

leta, apercibido de que el palo del *limpiador* le ofrecía fácil escala, trepó por él, llegó al nido y dió un asalto á sus pacíficos moradores. La madre salvóse fácilmente; pero los hijuelos perecieron en las uñas de aquel gargantúa. Yo no me dí cuenta del crimen hasta que los gritos desolados de la madre me advirtieron la matanza, y ya era tarde.

La pobre golondrina sin sus hijuelos, quedóse revoloteando al rededor del nido vacío, con tanta tristeza y unos píos tan dulces, que, de seguro te hubiera enternecido. Yo no pude menos de echarme á llorar como una Magdalena.

Cuando sequé mis lágrimas, me ocurrió una idea: la golondrina aquella no volvería á anidar en el funesto nido, temerosa de otra hecatombe; parecía sentir tanto la pérdida de sus hijos, que, me figuré, que en cuanto se apaciguase algo su dolor, partiría al Africa, su patria, á olvidar la tremenda desgracia... Yo sé que en Argel debe estar ahora mi primo Antonio, aquel alferez de marina que vino á visitarme hace un año, y...

Y ya sabes que cuando estuvo en el con-

vento se enamoró de mí, como lo que era, como un cadete. Al partir, me suplicó que le avisase el día de mi salida del convento, para que me escribiera, porque me amaba y yo era su vida y..... etc., etc. Yo se lo prometí, porque..... (vamos; te lo diré aunque te burles de mí), porque me *gustaba* y le *quería* un poquito. La verdad es que, con su gorra blanca, su levita negra y su sable, estaba hermoso: cada cosa en su punto.

Pues bien, me ocurrió escribirle por medio de aquella golondrina.... Veo que te burlas de mi idea, pues dirás, y con razón, que las golondrinas no vuelven al Africa hasta el Otoño, y que semejantes correos no son seguros sino en los *Cuentos del Abuelo*: ya lo sé, no me hagas tan tonta. Pero ayer.... ayer era yo capaz de todas las ideas descabelladas y de todos los pensamientos absurdos. Además..... *pensaba* escribirle por el correo de hoy; de modo que, ya lo ves; era sólo un capricho, una niñería de colegiala regocijada.

Dicho y hecho; cerré las ventanas, me puse en seguimiento de la golondrina, y, después de media hora de persecución y de

haber roto ¡esto es lo más triste! la jofaina del lavabo—riquísima pieza de porcelana, —conseguí atraparla.

Escribí una cartita diminuta con mi mejor letra inglesa, se la até con una cinta de seda roja á la pechuga, de modo que no le impidiese el vuelo, y después de darle un beso en el piquito negro, beso que me agradeció, estoy segura, con una mirada de sus ojos negros como cabecitas de alfiler, la puse en libertad.

El animalito comprendió, sin duda, lo que yo quería, pues apenas se vió suelto, partió hacia el sur, desapareciendo á los pocos instantes.

Luego, mientras papá y la tia Isabel dormían la siesta, estuve largo rato mirando por la ventana el cielo, de un azul intenso como nunca lo había visto. ¡Hallaba todo tan hermoso y había tal dulzura en cuantos objetos miraba!—habíame ya olvidado de la tragedia del gato, aunque no de la golondrina,—que, trastornada, sin saber lo que hacía, me quedé adormecida de bruces sobre la ventana.

¡Bonita postura—dirás tú—para dormir

una señorita! Pues sí, me dormí en tan incómoda posición, y te aseguro que nunca he disfrutado de un sueño tan dulce como aquél. Veía paisajes encantados, rostros... ¿Te ríes? Hago punto en esto.

Me despertó una sensación de frialdad que sentí en la nuca. Estaba lloviendo y yo tenía ya los cabellos completamente mojados. Era una de esas tormentas que se forman sin saber cómo. El cielo se había vuelto negro como si le hubieran pintado con heces de vino; las gotas eran claras y gruesas como *perros chicos*. De cuando en cuando, fugitivos relámpagos iluminaban el cielo con tintas amarillentas. Un viento cálido, asfixiante agitaba las copas de los árboles.

Sin cerrar la ventana, entré en la alcoba á secarme la cabeza. Cuando salí otra vez, la tormenta se había desencadenado: el cielo plomizo, casi negro, vertía un diluvio de agua, una catarata inmensa que amenazaba inundar la tierra. Los hilos de agua no caían verticales, sino que empujados por el viento huracanado, venían de través y penetraban hasta muy adentro del cuarto. Después de muchos afanes, medio cegada

por la lluvia y con el rostro chorreando agua, logré cerrar la ventana.

Vuelta á secarme otra vez, y á mirar por los cristales; pero estaban tan empañados de agua, que no pude percibir más que un fondo ceniciento sin ningún detalle. Y seguía la función, con mucho trueno, mucho relámpago, que me ponían los pelos de punta, y un viento que hacía chasquear las ramas de los árboles como si fueran castañuelas.

Tenía el rostro pegado á los cristales, cuando por entre los vidrios turbios, creí ver un punto negro en el fondo obscuro del cielo. Un punto negro, que variaba de posición á cada instante é iba de uno á otro lado como loco. Miré con fijeza y creí conocer la golondrina de la carta, la mensajera de mi primo.

Sin duda, sorprendida por la tempestad, lejos de su nido, volvía á él azorada, sin haber hallado otro escondite en la ciudad. Mojada, entumecida por la lluvia y cansada por los remolinos del viento, se acercaba á la ventana, en busca de un resquicio por donde colarse.

No lo había: estaba cerrada. Te confieso que sentí mucho la mala suerte del pobre animalito, á quién yo creía ya camino de Africa: hubiera querido abrir la ventana para que entrase; pero la tormenta continuaba con más furia cada vez, y el viento era tan fuerte, que me exponía á mojarme completamente y á no poder cerrarla luego. Así es que permanecí, irresoluta algunos instantes, viéndola revolotear atontada, loca.

Cada vez se acercaba más, y ya golpeaba con sus alitas húmedas los cristales y mirándome á través de ellos, parecía decirme con sus píos suplicantes: «¡Ábreme!»

Al fin, un vivísimo relámpago, seguido de un espantoso trueno, parecido al derrumbamiento de cien montañas, me decidió; cubierta con un chal, abrí media ventana y esto bastó para que la pobre golondrina se precipitase en el cuarto, empujada por el viento y la lluvia. El pajarillo vino á chocar contra un espejo y cayó al suelo como muerto.

Lo recogí con cuidado y miré si aún vivía. Estaba frío. Tenía las plumas pegadas

al cuerpo y un ala herida. Apenas si quedaba un resto de vida en aquel cuerpecillo. Sólo tenía abiertos sus ojitos negros y brillantes, y con ellos parecía darme gracias por mi protección. La cartita, sujeta al pecho por la cinta roja, estaba mojada y la cinta, desteñida. Le desembaracé de ambas cosas.

Para reanimar al desgraciado pajarillo, le tuve algún tiempo entre las manos; pero como no las tenía muy calientes, no logré que entrara en calor. Recurrí á otro medio: lo introduje en el seno. ¡Estaba tan frío!... El contacto de su cuerpo helado, me hizo lanzar un grito. Así lo tuve media hora, quieta, inmóvil, sin respirar, por temor de hacerle daño. Poco á poco, se secó y yo creí que lo salvaría.

Pero, nada, ninguna señal de movimiento; permanecía inmóvil, como aletargado. Cuando me pareció que ya habría entrado en calor, lo saqué... ¡Estaba muerto!... Tenía las alitas pegadas al cuerpo, la larga cola hendida, rígida; los ojos y el pico, cerrados.

Al ver muerta á la pobre golondrina, me

entró una tristeza y un deseo de llorar!.. ¿Es verdad que se pone una fea llorando? Porque yo no sé cuánto tiempo estuve vertiendo lágrimas.

Más calmada luego, decidí enterrar el pajarillo al pie de un árbol del jardín, en una cajita donde yo guardaba dijes, pendientes y otras chucherías. Le arranqué seis plumas del ala derecha: dos para tí; por eso te las mando: dos, para incluirlas en la carta que *pensaba* escribir, por la noche, á mi primo; y otras dos, para mí, como recuerdo de aquel drama ignorado, que inició *Pedrin* y desenlazó la tormenta.

Poco después cesó de llover, desgarráronse las nubes y apareció el cielo azul, con un sol vívido y deslumbrante.

Bajé al jardín: estaban bellísimas las flores cuajadas de gotas de agua, y en medio de un círculo de rosales, y, bajo una plancha de césped de un hermoso color verde, dí sepultura á la infeliz avecilla.

Por la noche, papá y la tia me llevaron al teatro: representaban *En el puño de la espada*. Me divertí muchísimo, aunque algo encogida, como verdadera colegiala. Sin

embargo, hice los honores del palco á algunos amigos de la tia Isabel que vinieron á visitarnos en los entreactos y... Ya no le escribo á mi primo, como pensaba... La verdad es, que no es tan hermoso como me parecía y, además, el nombre de Antonio no es muy bonito que digamos: ¡cuánto más lindo es el de Luis!... No hagas suposiciones infundadas, ni... Pero no le escribo. La muerte de la golondrina fué un presagio que no salió fallido. Mi primo ha muerto *para mí*, como el pajarito. ¿Entiendes?

Adios, querida mia: recibe un millón de besos de tu prima que te quiere mucho, mucho, mucho, y está loca de alegría por haber salido del convento,

PILAR.

P. D. Me dice papá que, dentro de quince dias, iremos á esa. Dentro de quince dias, pues, te daré un abrazo muy apretado y podré hablarte largo y tendido de *él*; ya entiendes: del otro.

Vitoria 29 Enero 92.





EL GATO



MURIÓ al anochecer, evaporándose el alma de aquel angelillo de seis meses, en alas del último resplandor de la tarde.

El padre y la madre, con el corazón destrozado por la pérdida de su hijo, procedieron á vestirle el último traje. Primeramente, lavaron su cuerpecillo demacrado con agua perfumada y una esponja muy fina «para no hacerle daño....» como si aún tuviesen la esperanza de que resucitase. Después peinaron sus cabellos rubios, pegados á la frente. Enseguida le pusieron un vestido de seda blanco, muy escotado y sin mangas. Estaba sin estrenar; habían creído

que lo luciría en los paseos, agitando sus brazos regordetes..... ¡y le servía de mortaja! Calcetines blancos dejaban al descubierto parte de la pierna; y en los pies, le calzaron zapatitos también blancos con hebilla de plata.

Cuando concluyeron el fúnebre tocado, los dos padres se miraron un instante en silencio; sus gargantas se hincharon para dar paso á un sollozo desgarrador y cayeron uno en brazos de otro, por encima de la cuna del niño, formando como un arco de dolor, sobre su cabecita pálida.

Así estuvieron largo rato, oprimiéndose convulsivamente y ofreciéndose un mútuo regazo para su aflicción. Luego sacaron al niño de la cuna y le colocaron en una cama, mientras cambiaban la ropa de su pequeño lecho que parecía un nido vacío. Después volvieron á trasladarlo á él.

A la cabeza y á los pies, colocaron dos veladorcitos negros con incrustaciones de nacar, y, en cada uno, un jarrón de cristal azul con esmaltes negros, lleno de flores. Del centro de las corolas, brotaba una vela blanca encendida.

Así dispuesto, semejaba el niño muerto una estatua yacente. El rostro, con los ojos entornados, la nariz afilada y los labios ligeramente azulados; el cuello un poco doblado, como el de un pájaro dormido; los brazos desnudos, con las manos enlazadas, como para rezar; las piernas rígidas. Todo lo que era de carne, parecía mármol amarillento, cruzado por las finas vetas azules de las venas; lo demás, era una ola de encajes, de puntillas y de seda, que resplandecía á la luz de las velas.

Los dos padres, *huérfanos* de su hijo, le velaron á ambos lados de la cuna durante muchas horas, sin pensar en nada, con los ojos enrojecidos fijos en él. Al fin, el padre se retiró á dormir un rato vestido. Estaba extenuado: durante la enfermedad del niño ni había comido ni cerrado los ojos.

La madre quedó sola junto al cadáver. Ella no sentía cansancio, ni debilidad, ni dolor. Cuando su hijo cesó de vivir y el médico dijo: «ha muerto,» sintió como si le arrancaran de cuajo el corazón. Entonces experimentó angustias inexplicables: después nada.

Ahora no sufría; al menos, el exceso de su dolor le daba cierta insensibilidad, que ella confundía con el embotamiento. Lo que no se embotaba en ella, era la idea de protesta, de una protesta desesperada contra Dios que roba los hijos á las madres. En aquel momento le aborrecía. Si pudiera, lo hubiera alanceado como Longinos.

A ratos, sus ideas se oscurecían, se fundían como el metal en el horno; pero luego renacían, tornaban á adquirir forma y su mente volvía á formular la idea de protesta.

Lo que le hacía sentir más la muerte del niño rubio, era que no tenía otro. Había sido aquél el primer fruto de su matrimonio. Antes de nacer, soñó con él muchas veces. Al darlo á luz, tuvo la mayor alegría de su vida.

Durante cinco meses, fué una serie de sensaciones deliciosas lo que experimentó; una felicidad expansiva, charladora, preñada de risas, de besos resonantes. Después vino la enfermedad, el *crup* infame que ciñó á su hijo un dogal al cuello, hasta ahogarlo.

Toda esta felicidad se la había arrebatado Dios. ¡Dios!, pensaba; y su boca se con-

traía con un conato de sonrisa amarga, irónica hasta el sarcasmo y blasfema hasta la desesperación.

De tiempo en tiempo, llegaba á ella la voz del sereno que cantaba la hora. Era el único ruido que turbaba el silencio en torno suyo. Una ráfaga de viento, quizá un suspiro que se escapó de su pecho, hizo caer una gota de cera sobre la faz del cadáver. La madre, que no apartaba de él los ojos, acudió solícita á quitársela.

Acercó su rostro al de su hijo, abarcándolo con una mirada profunda, desesperada. Fué á darle un beso, pero vaciló: sabía que besar rostros sin vida produce un frío que penetra hasta los tuétanos. A pesar de esto, acercó sus labios á los del niño, uniéndolos estrechamente.

Al levantar la cabeza, el dolor algún tanto amortiguado en ella, volvió á revivir con más fuerza. Entonces le asaltó la idea de meterse en el féretro que había de guardar á su hijo, y abrazada á él, para infiltrarle calor, ser enterrada al día siguiente.

Se aferró á esta quimera con tenacidad insensata y, para saborear mejor la volup-

tuosidad suprema del dolor, entornó los ojos. Al poco rato quedó como adormecida.

Le despertó de su modorra un ruido perceptible que sonaba muy cerca de ella: chasquido de dientes y mover de mandíbulas de alguien que comiera en la habitación.

Abrió los ojos, y se quedó en la silla, donde estaba sentada, rígida, sin voz en la garganta, sin poder moverse. Tal era el horror que se había apoderado de ella, viendo al gato, un gato atigrado, meloso y lucio, devorando el rostro del niño muerto.

Mientras la madre soñaba morir con su hijo, el gato le había comido parte de la nariz. Estaba echado sobre el pecho de aquél, como un tigre: con las patas delanteras le sujetaba la cabeza, y tranquilo, sin intimidarle la presencia de su dueña á un paso de él, saboreaba su presa con la fruición del más refinado gastrónomo. Le relucían los ojos de satisfacción.

Durante la enfermedad del niño ninguno pensó en comer en la casa, ni se acordaron del gato: el animal estaba hambriento y esto le impulsó á saciar su apetito en el cadáver. El olor á carne muerta le había atraído.

La madre, con los ojos más brillantes aún que los del gato, se levantó de su asiento. Se movía sin hacer ruido, con la respiración cortada, ágil como un reptil. Dió un rodeo para colocarse á los pies de la cuna y extendió las manos, por detrás del animal, con precaución infinita para no chocar contra ningún obstáculo. Cuando las tuvo encima del felino, con un movimiento rápido, las ciñó como un dogal en torno de su cuello.

El gato, al sentirse interrumpido de tan brusca manera en su festín, se hizo una pelota y clavó las uñas en las manos que le sujetaban. Brotaron varios hilos de sangre, pero la madre ni los sintió siquiera.

Permaneció un instante con el animal suspendido del cuello, reflexionando el suplicio que le impondría. Jamás miró á ratón alguno aquel gato, como su dueña le miraba á él.

Salió de la habitación sin soltar al prisionero. El animal, medio ahogado por aquellas dos tenazas de carne que le oprimían, respiraba con angustia y desgarraba las manos de su carcelera. Esta atravesó varias habitaciones sin detenerse: sus ojos y los

del gato parecían cuatro chispas de fuego.

Llegó al *excusado*, alzó la tapa con los dientes y metiendo por el conducto su presa cuan adentro pudo, lo dejó caer, después de hundirle por última vez las uñas en el cuello.

El animal cayó por el interior del tubo, haciendo un ruido especial al arañar las paredes con las uñas.

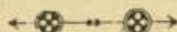
La madre respiró con satisfacción y poniendo de nuevo la tapa, volvióse, con el aspecto de una Medea implacable, á velar á su hijo.

Seis días estuvo mayando el gato en el albañal. Día y noche subía por el tubo de hierro un maullido quejumbroso, desgarrador, que imploraba clemencia. El padre del niño profanado por él, quiso sacarlo de allí ó á lo menos matarlo de un tiro: su esposa se opuso.

Finalmente, el día séptimo, á la misma hora en que había cometido el crimen, terminó la venganza de la madre, cuando se extinguió el último maullido del gato, como la nota aguda de un violín.



MI PRIMER AMOR



No recuerdo la causa, porque de esto hace ya mucho tiempo y soy bastante desmemoriado; pero es el caso, que yo viajaba con mi padre en ferrocarril por el norte de España.

Tenía yo entonces doce años y este era mi primer viaje en tren, al menos es el que hace nacer en mí reminiscencias más antiguas.

El sitio en que acaeció el suceso, tampoco lo sé con certeza: de todo el drama, sólo recuerdo el rostro de la heroína: lo demás se me aparece como el fondo lejano de un paisaje brumoso.

Todo no; aun recuerdo el ansia con que, no bien subí al vagón y el tren se puso en marcha, me apoderé de una ventanilla y comencé á devorar con la vista el paisaje que se extendía ante mis ojos.

Era un día de Otoño, de sol frío y cielo azul pálido. Soplaban un viento helado que hacía llorar los ojos y producía en la piel la impresión del filo de un vidrio cortante. Así es que todas las ventanillas estaban cerradas y yo era el único que exponía el rostro á los ateridos besos del cierzo.

¡Yo sólo! con los ojos muy abiertos, dilatadas las narices, y los labios secos por aspirar las heladas ráfagas; con la respiración entrecortada y la sensación de una carrera loca en un caballo desbocado, absorbiendo el inmenso paisaje, que se desvanecía, apenas vislumbrado, detrás del último vagón, entre los penachos de humo de la máquina.

El ruido pertinaz, acompasado, ensordecedor de las ruedas y del hierro contra el hierro, era para mí como una música deliciosa; llevaba el compás con los pies, sin darme cuenta de ello, y crispaba las manos sobre el borde de la portezuela, sintiendo

impulsos de abrirla y lanzarme al aire, á volar tras un pájaro, á posarme en la copa de un árbol ó á reclinarme en la ladera de un monte cubierto de viñas.

Este deseo de volar, de lanzarme del tren, de ir á enterrar mi vida en una casa blanca solitaria, que á veces se percibe á la salida de un tunel, como un rosal blanco sobre los campos verdes, no es sólo de entonces; lo experimento siempre que viajo en ferrocarril. Es un hartazgo de oxígeno, de aire puro, que me embriaga como el alcohol.

A poco de empezar el viaje, la ventanilla del departamento anterior al mio abrióse y asomó una cabeza pequeña de niña entre las ondas de un cabello rubio sedoso, que, al contacto del viento, se alborotó en rizos, se agitó como el dorado penacho del maíz, y me ocultó por un instante el rostro de su dueña.

La risa me retozó en los labios, al observar el desorden del hermoso cabello rubio, y esto me hizo fijar la atención en la viajera. Desembarazóse ésta de los rizos que le ocultaban el rostro y se puso á contemplar el panorama que se deslizaba como

un lienzo extendido debajo de nosotros.

Entonces pude ver su rostro, un rostro joven como de quince años, comido por dos grandes ojos azules color de cielo, profundos, soñadores; un rostro de perfil de virgen que se fotografió en mi retina con fuerza indeleble.

Al punto olvidé la contemplación del paisaje, por aquella nueva figura que brotaba á mi lado, que casi podía tocar con la mano, y cuyo aliento húmedo, traído por el aire, me bañaba la faz, produciéndome una frescura deliciosa.

Ella al principio no se fijó en mí. Absorbía su atención el cuadro espléndido, el cielo azul, las figuras rígidas de hombres y animales que aparecían en lontananza con la inmovilidad de estatuas de granito. Y saludaba cariñosamente á los labradores que se divisaban cerca, y los miraba con tristeza hasta perderlos de vista, sintiendo, tal vez como yo, un deseo indefinido de pasar algún tiempo entre ellos, participando de su vida campestre.

La impresión que me producía aquel rostro entrevisto, aislado á mis ojos de toda

otra parte corpórea, como esas cabezas de ángeles que trazan los pintores en torno de sus vírgenes, crecía por momentos.

Presa de un deseo, de que acaso entonces no me daba cuenta, avancé el cuerpo cuanto pude por la ventanilla, para ver algo más que el rostro blanco y los ojos azules de la jóven; pero no logré otra cosa que una reconvención de mi padre, porque sacaba tanto la cabeza. No le hice caso.

También á mi vecina le decían algo por el estilo. Entre el ruido del tren percibí dos ó tres veces un nombre, que á pesar de todos mis esfuerzos no pude construir. Era una palabra esdrújula. Quizá Ángela, tal vez Cándida. ¡Quién sabe!

Ella, al escucharlo, hacía un mohín y continuaba mirando. La voz que lo pronunciaba era varonil y sonora. Acaso su padre, su hermano... su marido. ¡Otro problema sin solución!

Fuera lo que fuera, la voz no éra obedecida: al contrario, cada vez sacaba más el busto, línea á línea, como temerosa del peligro y á la vez atraída por él. Sin duda, se emborrachaba como yo y perdía la cabeza.

Cuando se cansaba de mirar á lo lejos, apoyaba la barba en las manos y se entretenía dejando caer salivas sobre el estribo; ocupación en la que yo le había precedido, aprovechándola para mirarla con el rabillo del ojo. Después volvía á contemplar el paisaje.

Insensiblemente el viento le curtió la piel y las partículas de carbón, que las ráfagas de humo traían, sombrearon su cara, trocándola en morena, y dibujando en torno de sus ojos profundo líbor.

Cada vez me sentía más atraído hacia ella y eran más frecuentes mis miradas. Dos ó tres veces se encontraron con las suyas é hizo ademán de hablarme; pero se contuvo y volvió á otro lado la cabeza. Después lo sentí, mas en el acto, rojo como la sangre me puse al imaginar tan sólo que pudiera dirigirme la palabra. Después, ya no se cuidó de mí. Le atraían más los montes cubiertos de castaños y manzanos. Algunas veces estaban los árboles tan cerca de la vía que parecían poderse coger alargando la mano y eso es lo que hacía la jóven, con las mejillas coloreadas por el esfuerzo.

Ya no le asustaba sacar casi todo el busto por la ventanilla. Era más valiente que yo. En los túneles, yo me retiraba de prisa dentro del vagón, lleno de un temor indefinible, y lo más que hacía era sacar el brazo; pero si acertaba á caer una gota de agua de la tenebrosa bóveda en mi mano, la ocultaba como si hubiera sentido un picotazo. Ella por el contrario, permanecía impávida cuan afuera podía. Al salir á la luz, parecía su rostro más moreno y en los cabellos la temblaban algunas gotas de agua.

Una vez quise imitarla, permaneciendo en mi puesto; pero á la luz del humo rojo, creí ver avanzar para atraparme unas enormes manos de hierro, que dieron al traste con mi valor. Me retiré con presteza.

A la salida de aquel túnel, la jóven había reclinado la cabeza sobre la portezuela y soñaba quizá, viendo aparecer nuevas perspectivas, sin hacer caso alguno de mí que tenía los ojos fijos en ella.

Así permaneció bastante tiempo. La voz sonora que tantas veces la había reconvenido, volvió á pronunciar la palabra esdrújula que no logré entender; y un instante

después un grito horrible que se destacó entre el ruido del tren en marcha, llenó á todos de sobresalto. Al mismo tiempo la cabeza de la jóven, desapareció de la ventanilla. Como el tren llegaba en aquel momento á una estación, todos los viajeros corrimos al departamento de donde había salido el grito.

Un hombre—no me fijé en su rostro ni en su traje—tenía en sus brazos á la jóven. La cabeza de ésta caía al suelo con la faz pálida, los ojos azules abiertos y los cabellos llenos aún de gotitas de agua.

El hombre que la tenía en sus brazos, la bajó al andén y entró con ella en la estación, tambaleándose y gritando con voz ronca:

—¡Un médico! ¡Un médico!

Por casualidad había uno entre los viajeros: se acercó á la jóven y al tocarla exclamó:

—¡Está ya fría!

Después de reconocerla muy despacio, descubrió en la sien derecha, y oculta por un rizo de pelo, una señal acardenalada.

—Ha muerto de un golpe recibido en la sien,—dijo.



Yo, con la gorra echada sobre los ojos para que no me viesen llorar, sentí al oírlo una desesperación tan grande que me ahogaba. Los viajeros, volviendo á los vagones, decían con lástima:

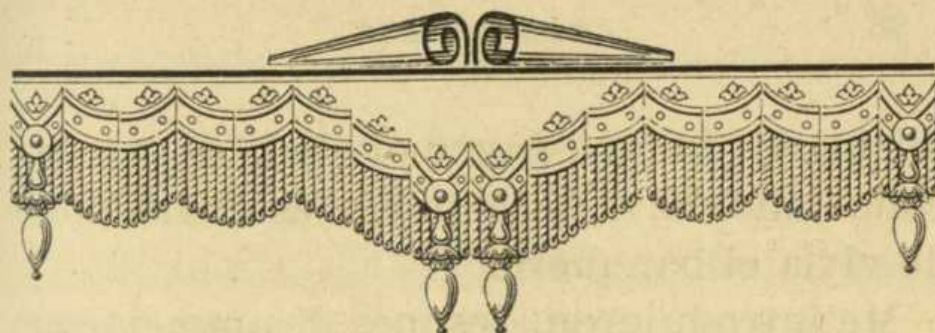
—¡Qué desgracia! ¿Cómo habrá sido?

No sé: quizá un palo de telégrafo caído, alguna piedra desprendida de la bóveda de un túnel, tal vez aquellas manos enormes que creí ver á la entrada del último que habíamos atravesado.....

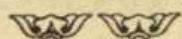
Continuamos el viaje. Nada he vuelto á saber de aquella pobre niña; pero su imagen no se ha borrado nunca de mi mente, y hoy, á pesar del tiempo, sueño á veces con ella y la veo en brazos de aquel hombre, pálida y fría, los grandes ojos abiertos y sus cabellos rubios salpicados de gotitas de agua.

Vitoria 18 Octubre 92.





EL COMEDOR DE ORO



AL dejar la taza de café sobre el trozo de periódico que me servía de platillo, leí el *suelto* anunciando la venta en pública subasta de una magnífica propiedad que poseía á cuatro leguas de Madrid mi protector, el rico banquero D. Matías Arpe.

Esto me trajo á la memoria que había pasado por alto el felicitar las pascuas y la entrada de año á D. Matías; falta imperdonable en un hombre que como yo tanto le debía. Las deudas de gratitud me abrumaban siempre que me veo en descubierto: aquella

misma tarde fui á pagar el óbolo de mi reconocimiento, al hotel de la Castellana donde vivía el banquero.

Me introdujeron, después de anunciarme, en su despacho; y allí, tras una mesa de escritorio, y en el hueco que formaban dos montes de papeles, que á derecha é izquierda se alzaban, se me presentó la efigie del buen señor, tan conocida mía, con un no sé qué de extraño que no supe explicarme.

Su carita pálida estaba mucho más arrugada que la última vez que la había visto y la piel tenía un tinte lustroso especial, como si se hubiese bañado en una solución metálica.

Los ojos saltones, inquietos y verdosos parecían recubiertos de una sutil capa de oro; y las manos delgadas y huesudas, con que revolvía febrilmente los papeles, y todo él, aquejado de un temblorcillo *sui generis* como si por sus venas circulase, en vez de sangre, mercurio.

Don Matías, apesar de sus riquezas, era muy llano y cariñoso conmigo, sin duda por ser paisanos, y á las pocas palabras me dijo:

—Ya sabrás que he anunciado la venta de *Los Pinos*.

—Sí, señor,—le respondí,—y me extraña que se deshaga de una joya como esa.

—Más te extrañarás,—replicó,—cuando sepas que su importe lo destino... á *comérmelo*.

—¿A comérselo?—repliqué.—¡Pero si le sobran á V. los millones!

—No me has comprendido: te he dicho *comérmelo*, y ahora añado que entiendas la frase al pie de la letra.

—D. Matías, eso no puede ser,—exclamé asombrado y sospechando si estaría loco aquel viejecillo.

—Te parecerá. Sin embargo... si yo te dijera... ¡Pero es mi secreto!

Y se detuvo un instante como si vacilase. Luego prosiguió:

—En fin; á tí te lo diré, porque eres un buen chico que á nadie has de contarle. Quiero decir, que te recomiendo reserva, mucha reserva; si se divulgase, me tendrían por loco ó criminal, y ya ves que tendría poca gracia. Vale más que realice mi grande obra á escondidas.

Cada vez más extrañado de sus palabras, le prometí discreción absoluta, y él continuó:

—Tú que eres instruido y aficionado á leer lo que viene de *afuera*, habrás oído hablar de la teoría vegetariana que patrocinan algunos pensadores. Ya sabes que los tales proscriben el uso de cualquiera clase de carne, por la perniciosa influencia que ejerce este alimento en los individuos, embruteciéndolos, depravándolos, haciéndolos crueles y sanguinarios. Los vegetales, por el contrario, según ellos, hacen á los hombres tan suaves y apacibles como puede desearse. Todo eso será ciertísimo; pero todo eso es nada para lo que yo he descubierto á fuerza de vigiliass y sudores. La dolorosa experiencia de mi vida también me ha ayudado, lo confieso; y sin ella, creo que no hubiera resuelto el problema. Verás: un día en que tenía el corazón sangrando por las penas, echéme á buscar la causa de todas las desdichas pasadas y presentes, el verdadero *pecado original* que á todos nos hace desgraciados. No es seguramente el uso de la carne, como afirman los vegetarianos,

pues muchos que no la comen son tan desgraciados ó más que los que de ella se alimentan. ¿Cuál es, pues? Esta era la cuestión; averiguarla y luego, á ser posible, suprimirla. Todo se arreglaba con esto; y ya podían los hombres comer carne á todas horas, que no habían de dejar por eso de ser dulces y mansos como palomas. El tal descubrimiento, como ves, no era cosa fácil; y sólo á fuerza de requemarme las cejas y de hacérseme los sesos agua, he podido conseguirlo.

Al decir esto, me clavó sus ojillos, que parecían despedir rayos del tan maltratado metal, espiando el efecto de sus palabras. Yo me había quedado perplejo ante aquella salida de tono. ¡El oro causa todos los males! Al salir de mi asombro aún tuve fuerzas para replicarle:

—¡Pero por Dios, D. Matías!....

—Qué ¿no crees lo que digo? No crees que la causa final y absoluta de todas las infelices es el oro? Pues oye y te convencerás: No te enumeraré más que alguno de los infinitos males que causa, porque para decírtelos todos sería preciso ser Dios. Desde luego, no me negarás que por la posesión

del oro, se rinde la virtud, se cometen los crímenes, se pierde el alma, se destruye el cuerpo y el hombre hace de su vida un infierno anticipado. Que por saciar la sed de oro, se suscitan las guerras, se relaja la familia, se matan los hombres, se sufren tormentos del hambre; y en fin, que si muchos gustan de madrugar para ver la salida del sol, es por que antes de mostrarse á sus miradas, cubre el horizonte de un hermoso manto de oro.

Esta última reflexión me hizo soltar la risa, á pesar mio. D. Matías prosiguió sin apercibirse:

—Esto por lo que toca á la generalidad. En cuanto á mi experiencia propia, yo tenía dos hijos: Ramón y Carmen. Ramón, desde niño, como siempre tenía el bolsillo repleto y no le dolía gastar, se acostumbró á una vida disipada de perpetua orgía carnallescá. A los veinte años, no tenía una gota de sangre sana en el cuerpo ni una idea buena en la cabeza... ¡Dios le haya perdonado; y á mí el haber ganado millones! De nacer pobre, hubiera sido un buen ciudadano y honrado padre de familia.

La culpa de que no lo fuera, el oro. Carmen, la única alegría que me restaba, se acostumbró desde niña al fausto y al boato. Primero le agradaron los cuadros, los objetos de arte, los soberbios trenes, las joyas; luego se le hizo una necesidad poseer todas estas cosas. Cuando tenía veintidos años, vino un día Martinejos, ya sabes, el banquero, á pedirme la mano de mi hija. Mejor que desahuciarle yo, me pareció que lo hiciera ella; pero cuando creí que iba á responderle un *no* redondo como su boca, oí que aceptaba su propuesta. Pronto sufrió el castigo, por casarse con un monstruo como aquel, ella tan linda y solicitada. El millonario Martinejos era lujurioso como un mico y brutal como un borracho. En menos de un año, mató á mi pobrecita Carmen á disgustos. ¿Quién tuvo la culpa? El dinero. Si ella no hubiera tenido sed de oro, se hubiera casado con un hombre digno y hubiera llegado á abuela. Niégame ahora, si puedes, que el oro es el primer azote del hombre.

Yo me incliné como asintiendo .. y lamentando á la vez no tener encerrado en mi bolsillo una buena porción de aquel

pillastre que tan malas pasadas nos jugaba. El banquero, satisfecho de mi conformidad, reanudó su discurso.

—Una vez hecho este descubrimiento, todavía faltaba lo mejor: buscar el medio de destruir el malhadado metal, de anularlo, de hacerlo desaparecer, para librar al mundo de su perniciosa influencia. Esto me costó mucho.—Si yo lo entierro—reflexionaba,—no hago más que acumular en una mina la pólvora que hoy está esparcida, para que el destrozo que produzca sea mayor. Si lo echo al mar, algún día quedará en seco: esto es solo aplazar el conflicto, y lo que yo quiero es suprimirlo para siempre. Después de muchas cavilaciones, la única solución aceptable fué la de *comérmelo*, la de transformarlo en el crisol animado de mi cuerpo en una sustancia inofensiva y hasta, si se quiere, benéfica para los fines ulteriores de la vida. ¿Cómo lograr este resultado? Tercer quebradero de cabeza. Cleopatra comía las perlas disueltas en vinagre: bueno, esto nada tiene de particular. Transformar el oro y la plata en una sustancia comestible, apta para asimilarse

sin peligro al organismo humano, es mucho más difícil. Al principio me pareció á mí mismo imposible. Cuando ya desesperaba de mi grande obra, la química vino en mi ayuda. Aprendíme dos ó tres autores, hice construir un laboratorio y me encerré en él con un buen surtido de todas las sustancias químicas inventadas y un talego de onzas de oro que saqué de mi caja. No quiero aburrirte con el relato de todos mis ensayos y de los fracasos que sufrí hasta lograr mi empeño... El hecho es que resolví el problema, inventando un compuesto—y al decir esto sacó del cajón un frasco lleno de un líquido incoloro, y me lo enseñó triunfalmente,—que añadido en corta dosis al oro y á la plata, los reblandece, los cuece, los convierte en materia comestible que nutre y conserva el organismo. Año y medio hace que descubrí esta maravilla y desde entonces no cómo otra cosa que oro: oro á pasto en todas las comidas, sin probar apenas otra clase de alimentos, y eso por no dar que decir á los criados. Mira: poco antes de venir tú, he almorzado en esta copa más de cincuenta *centines*.

Y diciendo así, extrajo de entre los papeles una copa de cristal finísimo. Adheridas á sus paredes, creí ver algunas partículas de oro que daban al cristal un ligero vislumbre dorado. Como el banquero me viese perplejo, añadió:

—Veo que te asombras y se te hace duro creer lo que te digo. Créelo, que ningún interés tengo en engañarte. Otra prueba: ¿recuerdas que estuve enfermo hace año y medio? Los médicos dijeron que era una *meningitis*: lo que tenía era una indigestión de oro. Desde entonces soy más parco, aunque es cosa exquisita que sabe á trufas, porque las *auringitis* son peligrosas. A estas fechas, ya he devorado la mayor parte de los millones que tenía. Hoy me dedico á vender cuanto poseo para continuar mi obra destructora y regeneradora á la vez: casi todas mis propiedades y mi galería de pinturas, una preciosidad, están ya digeridas; hoy le toca á *Los Pinos*, después á este palacio; el caso es destruir todo el oro que se pueda.

Hablaba tan convencido que no se podía replicarle. Sólo me ocurrió decir:

—¿Sigue V. jugando á la Bolsa?

—¡Vaya! Y con una suerte que pasma: todavía no se me ha desgraciado una operación, á pesar de lanzarme á las más arriesgadas.

Al poco rato me despedí, y don Matías me dijo que le visitase á menudo, pues antes de morir quería revelarme su secreto para que no se perdiera, y pudiese otro continuar su obra. Al salir de aquella casa, tenía una olla de grillos en la cabeza: tal me habían puesto las palabras del banquero.

En los días siguientes, adquirí algunas noticias acerca de él, que parecían confirmar sus palabras. Era cierta la venta de todas sus propiedades, y no menos cierto su maravilloso éxito en la Bolsa; pero todos creían que si reducía á metálico su fortuna, era para retirarse de los negocios, cansado de atesorar riquezas, y no por otra causa.

Al año siguiente murió el buen don Matías, y abierto su testamento, se vió que su enorme fortuna se había evaporado, pues no dejaba otra cosa que un puñado de duros para los criados y otro para su entierro. Como no se le conocían vicios ni queridas,

y era proverbial la economía, lindante casi con la avaricia, de sus últimos años, nadie atinaba con la causa de la misteriosa desaparición de sus millones.

Nadie... ni yo, tampoco.

Vitoria 22 Enero 93.

